

**DANIEL
BALMACEDA**

**ESTRELLAS
DEL PASADO**



Daniel Balmaceda

Estrellas del pasado

Sudamericana

A Pancho, Sofía y Silvia Balmaceda

INTRODUCCIÓN

A mediados de 2012, Ernesto Martelli, secretario de redacción de *La Nación*, me propuso escribir una columna semanal en el diario, bajo el título "Estrellas del pasado". Me planteaba que fueran textos dinámicos, entretenidos, por supuesto muy respetuosos y reveladores, no apuntados a los especialistas sino al público en general. Se trataba de un grato desafío: estaba limitado por el espacio, tenía que enfocarme en aspectos interesantes pero poco conocidos de figuras de nuestra historia. El lenguaje debía estar cerca de lo coloquial, algo que había que manejar con cuidado porque se corre el riesgo de ser malinterpretado. Una palabra de más podía ofender o herir susceptibilidades. De todas maneras, como escribo desde la admiración a las personas, pero sobre todo a nuestro pasado, estaba convencido de que se percibirían las buenas intenciones.

¿Cómo se investiga para un libro de estas características? La información que busqué para escribir estas anécdotas suele estar perdida en cartas, memorias, biografías, libros de historias de familias, expedientes, partes de batalla, tradiciones orales y periódicos. Incluso, en algún caso particular, las pistas aparecieron en anotaciones al margen de algún libro de poca circulación.

Debo reconocer que, si bien comprendía el valor de contar con un espacio semanal en uno de los principales diarios del país, no imaginé el peso que tendría para mi desarrollo como escritor o divulgador de historias. Los lectores me lo hicieron notar y, además de aliento, recibí libros, cartas, datos, fotos y recortes. En definitiva, pude crecer y avanzar gracias al aporte generoso de los numerosos seguidores de la columna, a quienes agradezco la valiosa ayuda que me brindaron.

Con la edición de Fernando Castro Nevares y Silvana Moreno, más las ilustraciones de Diego Parés e Isabel Aquino, "Estrellas del pasado" se publicó en forma ininterrumpida desde comienzos de septiembre de 2012 hasta fines de septiembre de 2014. Una reformulación de la última página del diario, donde se publicaba la columna, dejó sin espacio a mis textos. Me pareció que era una buena oportunidad para rescatar una selección de esas historias, además de incorporar varias inéditas.

Lamento mucho que las magníficas Elsie Rivero Haedo y Delfina Gálvez no puedan ver el libro, teniendo en cuenta su valiosa colaboración, a través de sus recuerdos. Agradezco a mis consultores de siempre porque me ayudan a mejorar la puntería en los textos, para no terminar diciendo demasiadas barbaridades. Respecto de la colaboración que brindan, deseo compartir algo sobre la ayuda que recibo.

Cuando hablamos de historia con don Enrique Mayochi o Bernardo Lozier Almazán, el diálogo se dispersa, con notable ventaja para mi insaciable búsqueda de datos y curiosidades. Es verdad que ellos ya me conocen y están atentos a ofrecerme lo que encuentran o recuerdan con una gene-

rosidad sin límites, que no me canso de agradecerles. Pero también están mis asesores en otras cuestiones más específicas. Si necesito entender algo de moda, consulto a Silvia, mi mujer, quien me aclara, por ejemplo, las diferencias entre el velo y la mantilla. En cuestiones de la salud, el experto es mi médico de cabecera, y gran amigo, Diego Mrad. Son muchos más: Pedro Luis Barcia, María Acuña, Néstor Saavedra, entre otros. Pero quería detenerme en mi consultor de fútbol: Diego Borinsky. Con Diego integramos la redacción más loca que jamás haya visto: la de la revista *El Gráfico*. Diseñadores, archivistas, administrativos, fotógrafos y periodistas, muchos de ellos muy reconocidos en la actualidad, conformamos un zoológico difícil de equiparar. Ahora, si fui editor durante un par de años en esa legendaria revista deportiva, ¿por qué necesito la ayuda de un especialista? Porque fui y seré el periodista de *El Gráfico* que menos sabe de fútbol. Ojo que no soy un negado. Pero mis compañeros sabían que Fulano le atajó un penal a Mengano en 1985, en el arco tal y la publicidad de la camiseta era tal, y que esa tarde el árbitro Zutano expulsó a Perengano.

Le escribí a Diego para que por favor me indicara si estaba bien la frase: "Jugaba de ocho, como Fernando Gago o Juan Sebastián Verón". Le pregunté, sobre todo, por Gago, a quien veía como cinco, pero me daba la sensación de que, al menos en la Selección, Mascherano era el cinco y Gago, en todo caso, el ocho. Aquí va el diálogo:

DIEGO B: No. Gago es un clásico cinco, ocupa el centro de la línea media, como tu amigo Redondo. Ahora está

jugando un poco por el costado, pero no es un clásico ocho. Verón tampoco. En la Selección de Bielsa era el enganche (diez clásico). Luego pasó a jugar de doble cinco y un poco por todo el medio, pero no es un ocho clásico.

DANIEL B: ¿Entonces?

DIEGO B: Un ocho clásico era Jota Jota López o el Negro Enrique, mediocampista que iba y venía por la derecha.

DANIEL B: Ah, el Negro, que le dio el pase gol a Maradona contra los ingleses.

DIEGO B: Sí, el Negro es el que le dijo a Diego "tomá y hazelo".

DANIEL B: Está bien, pero dame un ocho neto más cercano en el tiempo.

DIEGO B: Carlos Sánchez de River, por ejemplo. Pero también va para el medio y se cruza. Cambió el fulbo, pibe [en esta oración, calculo, quiso imitar al Bambino Veira]. No existen los ocho como antes. Buffarini de San Lorenzo es un ocho, por ejemplo, aunque varias veces lo mandaron de cuatro porque el DT no tenía cuatro. ¡Qué pregunta jodida, eh!

DANIEL B: ...

DIEGO B: Ardiles era el ocho clásico de Argentina en el 78.

DANIEL B: Te pido alguien más cercano que el Negro Enrique y me decís Ardiles.

DIEGO B: Maxi Rodríguez era el ocho en los equipos de Pekerman, pero ahora a veces juega de delantero, pero puede ser Maxi, el de Newell's... En tu Independiente

83-84 era Giusti. Línea media: Giusti, Marangoni, Burruchaga, Bochini.

DANIEL B: Ah.

DIEGO B: El Huevo Toresani, otro. El de la cita en La Habana y Seguro la con Diegote. Hay mucho doble cinco hoy. El ocho se corrió un poco al centro del campo para hacer dupla con el cinco.

DANIEL B [impaciente]: ¿Ya no hay ochos?

DIEGO B: Biglia, el de la Selección en este Mundial, era ocho, pero Mascherano bajaba un poco para meterse en la defensa y Biglia se corría al medio.

Con esta última respuesta de Diego, estallé de risa. Porque me recuerda a cuando miro concursos en la televisión, donde hacen preguntas de historia que para mí son imposibles de contestar. Ocurre que siempre sé la respuesta correcta y la que esperan que uno responda. Sí, a veces no coinciden. Por ejemplo, si preguntan cuántas carabelas trajo Colón en su primer viaje, la respuesta que esperan es "tres". Pero la respuesta verdadera es "dos, más una nao, la Santa María (que, en realidad, tampoco se llamaba Santa María)". Por eso, una pregunta que parecía tan simple no lo es para un especialista como Diego Borinsky.

Hace unos meses, en 2014, el Colorado Martín Liberman participaba en un concurso televisivo, *Pulsaciones*, conducido por Jorge Rial. Me llamó en medio de la competencia para que lo ayudara con una pregunta. Me dio una lista de ocho o diez ciudades y me pidió que le dijera cuáles fueron las primeras cinco en fundarse. Dependía de mi asesoramiento. Y surgió el problema. En la lista estaba Buenos Ai-

res. Se dice que la primera fundación de Buenos Aires fue en 1536. Sin embargo, por lo menos según yo lo veo, la de Pedro de Mendoza fue apenas un asentamiento, sin ninguna otra formalidad. Responder a ciegas, tratando de retener los nombres de las ciudades y recordar las fechas de fundación, corriendo contra el reloj, ya era un problema. Le di la lista de las cinco, la real, y cuando me disponía a aclararle que era posible que tuviera que poner a Buenos Aires en vez de no recuerdo cuál, Liberman cortó. Es entendible, jugaba por tiempo. Perdió por no haber puesto a Buenos Aires. Perdió por mi culpa, claro.

Una vez más, gracias a Diego Borinsky y a todos aquellos que se tomaron el tiempo de responder a mis dudas. Incluso en el saludo —perdón por ser reiterativo— a quienes me han acercado libros y documentación o el aliento necesario para seguir adelante.

En *Estrellas del pasado* veremos a San Martín en una fiesta, pidiendo a una cotorrona para bailar. A Belgrano conduciendo a trescientos hombres lejos del infierno de Vilcapugio. A Sarmiento calzándose una peluca. A Mitre haciendo de gasista en su barrio. A Fangio y a Victoria Ocampo aprendiendo a manejar. A Gardel, víctima de punguistas. A la hija del caudillo que se enamoró del inquilino. A Marcelo T. de Alvear haciendo bromas por teléfono. Al general Paz fabricando un aparato ridículo. A Brown vestido con la bandera argentina y al ET argentino.

Son más de cien historias y en la redacción de estos capítulos hubo mezcla de estados. Sonreía mientras los escribía y eso es algo habitual. Pero en esta oportunidad, en algu-

nos casos, también me emocioné. Espero que estas sensaciones lleguen al lector. ¡Y que brillen las estrellas!

LA SOBRINA DE LASALA

La defensa de Buenos Aires en julio de 1807 fue el germen de cientos de historias de valor. Los bravos y profesionales ingleses se toparon con aguerridas milicias, de poca experiencia pero bien dispuestas a dar pelea en cada rincón de la ciudad. Dos lugares fueron los escenarios de los enfrentamientos de mayor violencia. Al norte de la Catedral, la imponente Plaza de Toros (en la Plaza San Martín de Retiro, en Maipú y Santa Fe). Al sur, los alrededores de la Iglesia de Nuestra Señora del Rosario, conocida como Santo Domingo (ubicada en las actuales Belgrano y Defensa), donde se conservaban las banderas que los invasores habían perdido en la reconquista de 1806. Liniers las había ofrendado a la Virgen del Rosario por la victoria.

Sin descuidar el sur, en esta oportunidad nos enfocaremos en los hechos de Retiro. Allí se había dispuesto a un batallón de Marina encargado de entorpecer el desembarco e impedir que los ingleses se apoderaran de la Plaza de Toros. Tengamos en cuenta que las aguas del Río de la Plata llegaban hasta el terreno que hoy ocupa el Monumento a los Caídos en las Islas Malvinas, en el borde de la mencionada Plaza San Martín. Por lo tanto, los navíos británicos anclaron cerca del espacio donde se colocó, en 1916, la To-

re de los Ingleses, rebautizada Torre Monumental a partir de 1983.

Los valientes del Tercio de Gallegos más seis batallones de la Infantería de Marina se ubicaron en Retiro. Uno de estos, comandado por el teniente de navío Cándido de Lasala y por el alférez de fragata José Aldana, se emplazó en las cercanías de la playa y debió soportar el peso de la lucha. Peso más que desbalanceado, ya que el enemigo los superaba cinco veces en número.

Sin embargo, los corajudos defensores ofrecieron resistencia hasta donde pudieron y después se replegaron hacia el estadio de la Plaza de Toros. Lo mismo ocurrió con el resto de los batallones. La situación era crucial. Se habían agotado las municiones, los ingleses los tenían cercados y estaban a punto de adueñarse de la posición. Se decidió que saldrían del estadio, en pelotones, para alcanzar la actual Florida y sumarse a las fuerzas que se concentraban en nuestra querida Plaza de Mayo. El primer pelotón logró escabullirse porque tomó desprevenidos a los sitiadores. El segundo fue diezmado por el fuego enemigo. Al salir el tercero, comandado por el bravo Lasala, fue recibido por una lluvia de proyectiles. El teniente cayó gravemente herido. Sus hombres lo metieron en el estadio. Iba a ser una carnicería. Por eso se rindieron a las 9:00, luego de dos horas de combate.

Lasala murió esa semana, cuando todos celebraban la victoria de las tropas de Liniers. Cayetana Juana Agustina Oromí, 19 años, sobrina del héroe, perdió más que a su tío. Perdió al hombre con el cual iba a casarse. En noviembre, la sobrina novia ingresó al convento de las Catalinas con el

nombre de sor María del Rosario de la Victoria. Nunca más salió. Se quedó para siempre en Retiro, a pocas cuadras del lugar donde su prometido había recibido las heridas mortales.

UN LUGAR LLAMADO NOTTINGHAMSHIRE

Mientras Retiro ardía bajo el fuego cruzado San Telmo se llenó de sangre el violento 5 de julio de 1807. Buenos Aires se defendía con bravura del ataque inglés. Hombres, mujeres y niños. Fusiles, pistolas, espadas, cuchillos, piedras y agua hirviendo, más un poco de alcohol, como veremos.

Al amanecer, una columna del Regimiento N° 45 de Infantería de Nottinghamshire, al mando del teniente coronel William Guard y el mayor Jasper Nichols, se posicionó sobre la actual Humberto I y ocupó las estratégicas torres de Nuestra Señora de Belén —es decir, la popular iglesia de San Telmo— más el vecino Hospital de los Betlemitas, conocido como la Residencia, que se acondicionó para recibir a los heridos ingleses.

Al mediodía, una docena de soldados pelirrojos, necesitados de mayor estímulo alcohólico, golpearon con furia la puerta de la casa que se encontraba frente a la iglesia. Los atendió Martina Céspedes, de 45 años, inquilina del frente de una casona convertido en comercio, como era costumbre en esa época. La señora despachaba bebidas y algunas otras cosas desde la ventana que se encontraba junto a la entrada. Dicho en otros términos, manejaba un maxikiosco

de aquel tiempo. Lo hacía junto con sus tres hijas, de las cuales solo conocemos el nombre de la menor, Josefa.

Con brusquedad, los hombres le ordenaron que les diera algo fuerte para saciar la sed (y la abstinencia). Martina aceptó atenderlos, pero con la condición de que ingresaran a la casa sin llamar la atención y de a uno. Así lo hicieron, permitiendo que ella y sus tres hijas —que se encontraban en superioridad de condiciones porque estaban sobrias— fueran desarmándolos y atándolos. La prisión fue el sótano de la casa.

El 7 de julio, doña Céspedes se encaminó al fuerte para entrevistarse con el virrey Santiago de Liniers. Le comunicó que atesoraba una docena de prisioneros bien amarrados. Por su acción, el virrey le otorgó a la heroína de San Telmo el cargo de sargento mayor del Ejército, con goce de sueldo y uso de uniforme.

Prácticamente nada se sabe de esta mujer durante el período de 1810 a 1824, correspondiente a la Guerra de la Independencia. La tradición sostiene que se sumó con fervor patriótico a varios desfiles con su uniforme reluciente. Volvió a ser mencionada en las crónicas periodísticas acerca de la procesión de Corpus Christi de 1825, ya que en esa oportunidad marchó al lado del gobernador, el general Las Heras.

¿Qué pasó con los prisioneros de San Telmo? Fueron embarcados junto con el resto de los invasores y enviados de vuelta a sus casas, bien lejos del territorio que pretendían conquistar. Bueno, no todos. Si damos crédito a la leyenda, la sargento Martina Céspedes (aclaramos que la calle Céspedes del barrio porteño de Belgrano recuerda a un an-